

RUFINO BLANCO Y SANCHEZ

EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

AMIGOS, antiguos alumnos y hasta algunas gentes de Mantiel—pueblecito alcarreño en la orilla del alto Tajo—, sabedores de que en 16 de noviembre de este año se cumple el centenario del nacimiento de mi padre, han venido pidiéndome datos del que fue maestro nacional, doctor en Filosofía y Letras, profesor de Pedagogía en la Escuela Superior del Magisterio y periodista.

He procurado complacer a tan amables personas, y pensando en que, acaso, interese además el recuerdo de algunas anécdotas—que no son propiamente los datos solicitados—, se insertan a continuación algunas, sin comentario, o brevísimo por mi parte.

NOVIATZO DE DOS MESES

Hacia el joven Rufino Blanco el curso del Doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras, y, a la vez, unas oposiciones. Le correspondía en éstas el último ejercicio ante el Tribunal. Parece que había tenido suerte en anteriores actuaciones, y por el mundillo profesional se corrió la voz de esta última. Una antigua compañera de colegio, aunque de más edad, invitó a la que había de ser mi madre a oír la actuación de "Rufino Blanco". Ambas amigas entraron en el aula, escucharon el desarrollo del tema, y a la salida el opositor "se fijó en una rubia que con una amiga "de más edad" ganaba la calle de San Bernardo".

Celebrada a los pocos días la votación, el Tribunal propuso con el número uno a Blanco.

Dos meses después—día por día—la rubia y el opositor contraían matrimonio en la madrileña parroquia de San Luis, de la calle de la Montera.

PEDAGOGIA FAMILIAR

Teníamos los siete hermanos la obligación—como entonces se usaba—de ser puntuales a las horas de comer. Para mejor inteligencia del caso que ahora refiero ha de agregarse que mi madre—una madrileña conocedora de tradiciones, costumbres, devociones y otras efemérides de Madrid—era hija de un señor de la Montaña, originario de Selaya, en el valle de Carriedo.

No sé por dónde llegó a conocimiento nuestro en aquellos días la reproducción del escudo nobiliario de la familia de mi abuelo. Solamente recuerdo que era muy decorativo. Presidida por mis padres, toda la familia estaba sentada a la mesa, y era un día de fiesta. Uno de mis hermanos, el que solía hacer más gasto en la conversación, dijo así:

—Bueno, papá; y de tu familia ¿no hay escudo, ni armas?

Recuerdo la mirada que, sonriendo, pasó sobre nosotros el interpelado. Yo la interpreté como un arranque de educador que sentía en su interior, y, en efecto, cuando—como buen pedagogo—se cercioró de ser escuchado, contestó:

—Recuerdo que ya en el "Quijote" se dice: "hidalgo como el Rey, porque era montañés..." Y yo quiero que sepáis que en una provincia del norte de España a



Don Rufino Blanco y Sánchez, en 1889, al terminar la licenciatura de Filosofía y Letras.

todos los que salen de su Inclusa les ponen Blanco de apellido.

Cierto amargo silencio invadió a los comensales, y unos segundos después, mi padre prosiguió tranquilamente:

—Mi apellido Blanco es andaluz y procede hace muchos años de Hinojosa del Duque, en el norte de la provincia de Córdoba. Los que lo llevan son gentes modestas: labradores y comerciantes en su mayoría...

La lección acabó así.

UN MAL MOMENTO

Creo recordar que ya hacia 1932 la oficina de "Cruzados de la Enseñanza" funcionaba instalada en la hoy plaza de Tirso de Molina. Mi padre—jubilado en 1931—trabajó allí con otros "héroes" para con-

trarrestar la enseñanza oficial que había suprimido el Catecismo en las escuelas primarias. En más de 150 llegó a tener "cruzados", las cuales el Gobierno republicano clausuraba con cualquier pretexto.

Habían organizado mi padre y sus colaboradores un grupo de personas activas, encargadas de gestionar ingresos para dicha enseñanza católica. De cada donativo, logrado personalmente, percibía el gestor del mismo un diez por ciento de su importe. Entré tales personas se distinguía "un retirado de Azaña", al cual mi padre encargó de visitar en su nombre al duque de... pidiéndole una suscripción mensual. El encargo se inició al momento. Llegó al palacio ducal el comisionado; se anunció y fue recibido inmediatamente por el duque y... tratado violentamente por él, y poco menos que echado escaleras abajo.

Unos diez minutos después de trance tan desagradable sonó el teléfono en "Cruzados" llamando a mi padre. Era el propio duque, y dijo:

—Perdónenme ustedes, don Rufino. Acabo de tener un mal momento. Le ruego que me suscriban a "Cruzados" con cinco mil pesetas mensuales, y espero el primer recibo.

DENUNCIA FRUSTRADA

Durante mucho tiempo publicó ABC una colaboración de mi padre titulada "Modos y modas de mal decir", con la firma "U. C. de la A", que correspondía a la de "Un Crítico de la Alcarria", años antes utilizada en otras publicaciones.

Por amable excepción, don Torcuato Luca de Tena, a ruego de mi padre, había autorizado a éste a publicar la reproducción de dichos artículos en un par de periódicos sudamericanos con la firma de "Doctor Rufino Blanco y Sánchez", y honoríficamente, por supuesto. Dicha publicación se hacía incluso enviando el recorte de ABC, al pie del cual quedaba así sustituida la firma.

Y un buen día se recibió en la casa de ABC un sobre dirigido a "Don U. C. de la A.", que le fue enviado a mi padre. Contenía una inimaginable carta que le hizo reír a carcajada limpia. Estaba fechada en la capital de cierta República hispanoamericana y decía aproximadamente lo que sigue: "Soy asiduo lector de ABC y de la sección que usted escribe con el título de "Modos y modas de mal decir". Por lo mismo creo cumplir un deber comunicándole que hay aquí un sinvergüenza que se firma Doctor Rufino Blanco y Sánchez, que viene desde tiempo aprovechándose sin escrúpulo de los trabajos de usted y los publica en esta capital con sólo suprimir la firma que tienen en el diario madrileño, y sin que ni una coma se tome el trabajo de cambiar..."

Ramón BLANCO